

LAS DOS MUERTES  
DE LOS DIOS INDÍGENAS PREHISPÁNICOS

JOSÉ RUBÉN ROMERO GALVÁN

El segundo capítulo del libro séptimo del *Códice florentino* narra la creación del quinto sol. La riqueza del texto es incuestionable y ha dado pábulo a consideraciones muy interesantes sobre lo mucho que implica tal episodio de la vida del cosmos según las antiguas tradiciones indígenas prehispánicas. En dicho relato hay un pasaje que llama la atención y que puede ser considerado hasta cierto punto oscuro. De él, es verdad, no se conoce ninguna otra versión en las antiguas fuentes nahuas: “Ic ye no ceppa quitoque in teteu: ‘¿quen tinemizque? Amo olini in tonatiuh ¿Cuix tiquinnelotinemizque in macehualti? auh inin ma toca mozcalti, ma timuchintin timiquica.’ Niman ic yeh itequiuh omochiuh in Hecatli, ye quimmictia in teteu.” “Por ello, los dioses dijeron de nuevo: ‘¿cómo hemos de vivir? El sol no se mueve. ¿Acaso tendremos que vivir mezclados con los macehuales? Pues seamos nosotros quienes lo revitalicemos; que todos muramos.’ En seguida Ehécatl hizo su trabajo. Dio muerte a los dioses.”

Según esta historia, los dioses habrían decidido morir para que el sol iniciara el movimiento que requería para cumplir con su faena cotidiana, sin la cual la vida en el mundo habría sido imposible. Respecto de esta decisión de los dioses, el texto es claro. La presencia en él del verbo *miqui*, morir, no deja lugar a dudas respecto de lo que el narrador quiso decir. Si bien el fin inmediato buscado por las divinidades era hacer que el nuevo sol entrara en movimiento, todo parece indicar que existía una finalidad ulterior consistente en la satisfacción del deseo de estos seres superiores para trascender a otra realidad, que podríamos bien pensar desde ahora como exclusiva de ellos. Ese objetivo ulterior explicaría la pregunta que se hacen cuando exclaman: “¿Acaso tendremos que vivir mezclados con los macehuales?” De esto se desprende que el fin al que se alude sería una muerte para este mundo, del cual ellos mismos habían propiciado la existencia a través de la creación del nuevo sol que lo alumbrara, y una suerte de resurrección en otro mundo, el de los dioses, desde donde presidirían la

vida del cosmos que recién iniciaba la quinta era de su existencia. Desde ese nivel, las deidades marcarían las pautas del devenir terreno del que no podían permanecer ajenas. Es un hecho pues que los dioses tanto habían creado este sol como continuaban presentes en la vida cotidiana de los hombres.

Siglos después, cuando en Europa comenzaba el siglo XVI, ocurrió un acontecimiento de consecuencias múltiples e insospechadas, una de ellas, acaso la más terrible, fue el fin del mundo indígena. Se trató de la conquista española de las tierras a las que después llamaríamos Mesoamérica. Los cambios que ella trajo consigo fueron tan violentamente radicales que todo, a partir de entonces, fue diferente, al grado que los antiguos dioses dejaron de ser como hasta entonces habían sido, pues también en ellos se observaron transformaciones de las que resultaron interesantes sincretismos. El proceso fue en extremo complejo, pues es muy cierto que los dioses sufrieron, con distintos ritmos, diversos cambios, según las diferentes regiones del territorio que comenzaba a ser Nueva España. Pero en todos los casos este proceso significó la muerte de las antiguas deidades, en la medida en que dejaron de ser lo que hasta entonces habían sido, para cargarse de otros significados. Fue esta la segunda muerte de los dioses.

Las posibilidades de exploración que ofrece este fenómeno son incontables. Muchas de ellas han dado frutos de valor incuestionable que constituyen un rico mosaico cuya variedad da cuenta de la diversidad y la complejidad de este proceso.<sup>1</sup>

Aquí se explorará una forma más de aproximación a este fenómeno. Se tomarán en cuenta los aspectos formales de las representaciones de las deidades indígenas a partir de los antiguos códices pictográficos prehispánicos hasta llegar a la manera como aparecen en documentos plenamente coloniales. El lector no encontrará un análisis detenido de los atributos de los dioses según estas representaciones, pues no se trata de aportar nuevos elementos al conocimiento de los mismos. Nuestro empeño es mostrar cómo, a través de sus representaciones y del carácter y el contenido de los textos que muchas veces las acompañan, es posible establecer un proceso de “desdeificación” —valga el neologismo para aludir a la pérdida de la original naturaleza divina de estos seres— a partir de la presencia de los evangelizadores.

El panteón prehispánico es amplio y complejo. Ello obliga a que en este primer acercamiento se considere a una deidad en particular, lo que permitirá llevar a cabo un seguimiento cerrado y probar en una

<sup>1</sup> Me refiero a la amplia bibliografía sobre la evangelización en la que es posible encontrar elementos valiosos sobre este proceso.

instancia inicial la posibilidad de posteriores análisis más extensos y profundos del fenómeno, mismos que sin duda enriquecerán los conocimientos que poseemos respecto de la manera como la evangelización impactó la concepción que el hombre de estas tierras tenía de sus antiguos dioses. La deidad que hemos escogido, de manera un tanto arbitraria, es Tláloc, el dios de la lluvia.

Tomemos entonces como punto de partida la representación de esta deidad en algunos códices prehispánicos. Se trata del *Códice Laud* y del *Fejérváry-Mayer*, ambos de la región de Puebla Tlaxcala y cuya elaboración, es bien sabido, corresponde a la tradición de la Mixteca.

La lámina 23 del *Códice Laud* ofrece una representación de Tláloc cuyo interés está fuera de toda duda (figura 1). Protegida por las nubes, rodeada de signos calendáricos, erguida sobre las aguas del mar en la que habitan diversos crustáceos y el gran monstruo de la tierra, cuyo cuerpo se adorna con un precioso *chalchihuitl*, aparece la deidad en actitud vigorosa. Lleva en una mano un hacha preciosa cuya hoja emerge de las fauces de una serpiente. En la otra porta un cetro o una lanza en forma de serpiente de fuego. Su rostro está cubierto por la

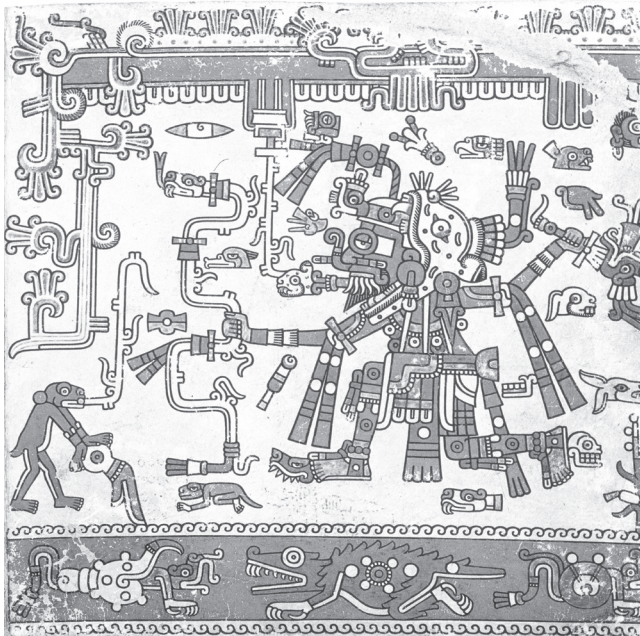


Figura 1. Lámina 23 del *Códice Laud*

máscara que lo identifica como el dios de la lluvia y su cabeza protegida por un yelmo que tiene la apariencia de una cabeza de ocelote. Los atavíos de la deidad son complejos y cada uno se vincula con los atributos que le son propios. En torno suyo se distribuyen los signos de los días. Frente a él está representada una rana que vierte el agua contenida en un cántaro de jade. Bien se percibe la impactante profundidad del significado que encierra esta representación, basta para ello pasar con detenimiento la mirada por los signos de los días allí presentes, que significan la honda y compleja relación de esta deidad con el tiempo y los destinos de los hombres, u observar la rana que vierte el agua benefactora gracias a la cual la tierra produce los mantenimientos necesarios para la vida humana. El hieratismo de la composición, la actitud dinámica de la deidad, los atavíos que porta, cuyo significado está en relación directa con los atributos propios del dios, así como las nubes del cielo y el agua del mar, y la presencia de los signos de los días colocan al observador ante el carácter de la deidad, cuya complejidad era sólo accesible a los sacerdotes, conocedores de los misterios divinos.

Otro tanto puede decirse del Tláloc que, en calidad de uno de los señores de la noche, está representado en la lámina 4 del *Códice Fejérváry-Mayer*, llamado también el *Tonalámatl de lo pochtecas* (figura 2).<sup>2</sup> Allí puede verse al dios caminando sobre Cipactli, el monstruo de la tierra, que está rodeado de agua; porta los atributos que lo caracterizan: la máscara con las anteojeras y los colmillos prominentes, en una mano lleva un hacha y con la otra sostiene un elemento adornado con volutas que sale de las fauces de Cipactli. La escena toda está presidida por el signo del agua. En la parte inferior aparecen distintas ofrendas. Una vez más la composición hierática, la presencia de los atavíos y los demás elementos que le están asociados hacen de esta representación de la deidad un impactante ejemplo de cómo en los antiguos códices se transmitía la fuerza propia de las deidades mesoamericanas.

En ambos casos, Tláloc, según se ha visto, está representado con sendos conjuntos de símbolos que lo dotan de la significación compleja, y en muchos aspectos aún desconocida por nosotros, que le correspondía en el panteón prehispánico. Otro tanto podría decirse del hieratismo que las caracteriza y que las impregna de gran solemnidad. Se percibe que nada hay en tales elementos que pueda ser considerado producto de la sola voluntad del tlacuilo, el pintor indígena que las realizó magistralmente.

<sup>2</sup> Así lo llamó Miguel León-Portilla en la edición que hizo del mismo para *Arqueología Mexicana*, edición especial 18, 2004.



Figura 2. Lámina 4 del *Códice Fejérváry-Mayer*

El lector bien podrá considerar que la muerte a la que las divinidades se sometieron en Teotihuacan a fin de que el sol, Tohatiuh, se moviera y en la tierra hubiera vida de nuevo, había dado los resultados esperados: en la tierra había vida, movimiento; así mismo, la inquietud que los dioses habían expresado cuando se preguntaban “¿Acaso tendremos que vivir mezclados con los macehuales?”, había quedado resuelta. El mundo de las divinidades, y así lo muestran estas láminas, distaba mucho de ser el de los hombres. Se trataba de aquél desde donde se regía la vida toda del universo, incluida, por supuesto, la de los seres humanos. La presencia en los antiguos códices de los signos calendáricos asociados con los dioses, en este caso con Tláloc, muestran la medida en que las divinidades estaban vinculadas con el tiempo que sólo podía ser considerado como el producto de su actuación continua, pues ellos mismos eran el tiempo rector de la vida en el cosmos.<sup>3</sup>

La fuerza de la presencia de los dioses en la realidad del hombre era inmensa. El mundo había sido creado por ellos, el sol existía y se movía gracias a su sacrificio, el hombre vivía también gracias al esfuerzo y el sacrificio de una deidad, Quetzalcóatl, quien lo había modelado con su propia sangre y con el polvo de los hombres de otros tiempos, y, por si todo ello resultara de poca monta, las deidades eran las fuerzas cósmicas que influían de manera determinante en su vida.

En el año 1521 concluyó de manera definitiva esta dinámica en que se resolvía la vida del hombre prehispánico. La conquista y la paulatina instauración de una realidad distinta trajo como consecuencia la desarticulación del mundo indígena en el que la religión y por supuesto sus dioses eran parte fundamental.

La destrucción de las imágenes que representaban a las divinidades fue la materialización de un sentimiento que, desde los primeros momentos de la conquista, irrumpió violentamente en el espíritu de los indígenas. En efecto, cuando, al referirse al sitio de la ciudad de México Tenochtitlan, relataban la magnitud de la tragedia que los rodeaba y hacían referencia a la soledad que los envolvía, dejaron dicho: “Golpeábamos en tanto los muros de adobe, y era nuestra herencia una red de agujeros, con los escudos fue su resguardo, pero ni con los escudos puede ser sostenida su soledad [...]”<sup>4</sup> No precisa de mayor

<sup>3</sup> Véase a Alfredo López Austin, *Tamoanchan y Tlalocan*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, 262 p., *passim*.

<sup>4</sup> Ms. anónimo de *Tlatelolco*, 1528, Fondo de Manuscritos Mexicanos, Biblioteca Nacional de Francia, en *Visión de los vencidos, relaciones indígenas de la conquista*, intr., selección y notas de Miguel León-Portilla, versión de textos nahuas de Ángel Ma. Garibay K., México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1969, 166. (Biblioteca del Estudiante Universitario, 81).



esfuerzo pensar que cuando el texto hace alusión a la soledad, que “ni con los escudos puede ser sostenida”, alude implícitamente al abandono al que sus dioses sometieron a los indígenas. Se percibe que tales seres superiores, que durante milenios habían sido el sostén del cosmos en su totalidad, ahora parecían estar ciegos, sordos e incapaces de auxiliar a quienes clamaban su ayuda.

Consumada la conquista, vencido el último gobernante de Tenochtitlan, los conquistadores tomaron la decisión de fundar la nueva ciudad española sobre la antigua y destruida capital mexicana. Ello significó la total destrucción del recinto sagrado, sitio que, desde la fundación la ciudad indígena, había sido el escenario de los ritos con los que se honraba a los dioses.

A partir de esos momentos, y a lo largo de al menos una centuria, se dio un proceso que llama la atención y que consiste en una paulatina transformación de las características formales en la manera de representar a las deidades. Se podría decir que existió un tránsito entre las formas tradicionales, caracterizadas por todo aquello que arriba pudo observarse —el hieratismo, el equilibrio y la estilización naturalista de los motivos representados— hacia formas occidentales, novedosas, según lo veremos. A éstas correspondía, por supuesto, una manera distinta de concebir a las deidades prehispánicas. De ser entes poderosos, creadores de universos, dadores de vida y proveedores de los bienes necesarios para el sostén de la vida cotidiana, vinieron a convertirse en dioses falsos, manifestaciones del demonio quien con engaños había atraído a los hombres de estas regiones del mundo para que lo sirvieran y lo adoraran.

A partir de entonces los indígenas pintores de códices adoptaron nuevas formas a las que por fuerza correspondía una significación diferente.

La evangelización fue proceso muy arduo y complejo. La antigua realidad que los misioneros debían transformar para tornarla cristiana tenía en su haber elementos en verdad extraños. Sin duda el que merecía mayor atención y que mostraba a los ojos de los europeos rarezas incomprensibles era la religión. No es extraño que fray Toribio de Benavente *Motolinía*, en diversos pasajes de sus *Memoriales*, se refiere a los antiguos dioses llamándolos demonios, concibe la antigua religión como fruto de un engaño de este ser y alude a los ritos con los que se honraba a las antiguas deidades, principalmente a los sacrificios humanos, como verdaderos actos demoníacos.

Fue así que para quienes se ocuparon de la difícil tarea de extender la luz del Evangelio en estas tierras fue necesario el conocimiento de la naturaleza de la antigua religión. Fruto de estos afanes fue la

obra de fray Diego Durán quien acompañó su *Historia de las Indias de Nueva España e islas de la Tierra Firme* con ilustraciones realizadas por expertos indígenas a fin de que los lectores de otras latitudes pudieran tener una más justa idea de lo que describía. En el capítulo XLIV del volumen I, el autor narra la solemne dedicación del templo de Tenochtitlan que Ahuizotl se había dado a la tarea de engrandecer. A este capítulo corresponde una ilustración (figura 3) en la que se observa un basamento piramidal en cuya cumbre hay dos templos. El de la derecha es el dedicado a Huitzilopochtli, la deidad de los mexicas. En él se desarrolla una acción que se relaciona con lo narrado en el texto, a saber, el sacrificio de cautivos para mayor solemnidad y significación del acontecimiento. Al fondo alcanza a percibirse la efigie monstruosa del dios, frente a quien cuatro personajes realizan la occisión ritual extrayendo el corazón de un hombre. Detrás del templo se asoma un ser de apariencia monstruosa, cuyo cuerpo está cubierto de pelos. Se trata, sin lugar a dudas, del demonio. A la izquierda el observador puede apreciar otro templo. Se trata de aquél dedicado a Tláloc. En él puede verse a esta deidad. Su aspecto es siniestro. De los atributos que le son propios sólo puede apreciarse el cetro en forma de serpiente y una máscara que deja entrever los elementos característicos de la que portaba este dios en sus antiguas representaciones. También pueden verse algunas adiciones. El personaje, en vez de pies protegidos por las sandalias con las que se le solía pintar, va descalzo mostrando unas garras que semejan a las de las águilas. Además, de la parte posterior del cuerpo le sale una cola que se dobla hacia arriba. A un lado del templo, como flotando en el aire, se aprecia a otro ser cubierto de pelos, similar a aquél que aparece junto al templo de al lado; es el demonio. Llama la atención la manera como aquí está representado Tláloc. En esta ilustración se muestra a la deidad despojada de diversos atributos. Sólo conserva la máscara que recuerda un tanto a aquella con la que se le solía cubrir el rostro, así como el cetro en forma de serpiente que lleva en la mano. Por lo demás es indudable que la apariencia de la deidad es la de un demonio. De ello dan cuenta tanto las garras que aparecen en lugar de pies y la cola que se prolonga de la parte posterior inferior del tronco. Es de señalarse también que entre las ilustraciones de la obra de fray Diego Durán no es posible encontrar otra representación de esta deidad, por lo que ésta adquiere un espacial significado.

Por otro lado, en el manuscrito preparatorio para la elaboración del *Códice florentino*, el llamado *Primeros memoriales*, existe la descripción de Tláloc que los informantes indígenas proporcionaron a fray Bernardino de Sahagún (figura 4).



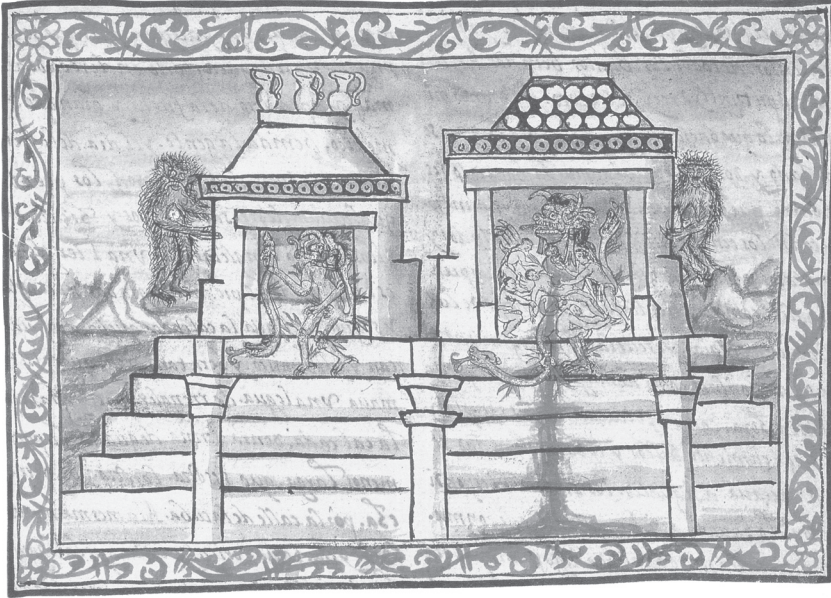


Figura 3. Durán, capítulo XLIV del volumen I

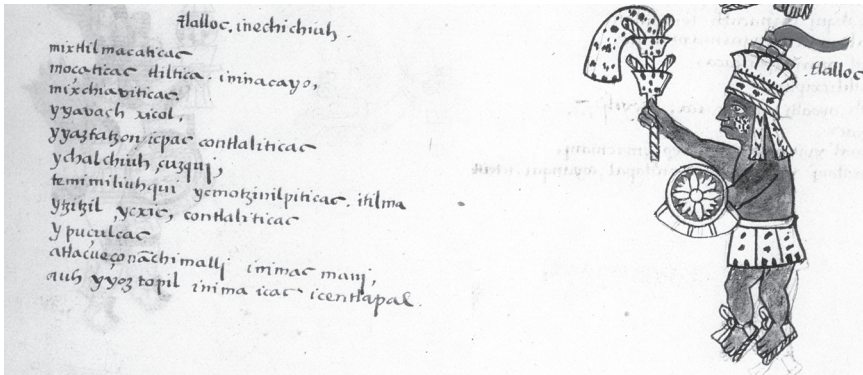


Figura 4. Tlaloc en los *Primero memoriales*

Su cara teñida de negro,  
 su cuerpo está embadurnado de negro.  
 Su rostro con motas como granos de salvia.  
 Su chalequillo de rocío,  
 su tocado de plumas de garza colocado en la cabeza.  
 Su collar de jade.  
 Sus caderas ceñidas con ropaje a manera de columnas,  
 tiene su manto,  
 sus campanillas puestas en sus piernas,  
 sus sandalias.  
 En el brazo tiene un escudo con una flor acuática,  
 Tiene de un lado en una mano su bastón de junco.<sup>5</sup>

Este texto describe la ilustración que aparece al lado. En ella se observa a un personaje que lleva los atavíos de la deidad. Es de reconocerse que las calidades de la factura de esta representación de Tláloc en los *Primeros memoriales* distan de aquellas que fue posible observar en el *Códice Laud* o en el *Fejérváry-Mayer*. También es evidente, y llama la atención de manera señalada, que aquí Tláloc se ha humanizado. En los códices prehispánicos, este dios, si bien se representaba con características antropomorfas, estaba dotado de un carácter con toda evidencia divino dada la riqueza de los atavíos que portaba y la profusión de atributos con los que aparecía relacionado. Con ello se hacía evidente que el dios pertenecía a una realidad distinta y superior a aquella de los macehuales. Aquí, en cambio, el conjunto —tanto la ilustración como el texto— sugiere de algún modo que estamos ante una deidad que más se asemeja a un sacerdote al que se le revistió sólo con algunos atavíos del dios. Asistimos así a una suerte de humanización de la deidad. Si en los antiguos códices quedaba claro que la primera muerte de los dioses, aquella ocurrida en Teotihuacan, había surtido el efecto buscado por ellos, pues a partir de entonces de ningún modo habían vivido mezclados con los hombres, en esta ilustración del los *Primeros memoriales* ocurre algo inusitado: la deidad ha adquirido el carácter humano de los macehuales.

Es también importante hacer notar que la presencia de un texto escrito con caracteres latinos, en el que se da cuenta de los atavíos que porta la deidad que se observa en la ilustración, dota de un sentido distinto a Tláloc. En efecto, si en las pinturas ejecutadas por los tlacuilos en los antiguos códices prehispánicos, a los que aludimos arriba, la deidad se presenta con el cúmulo de elementos que en su conjunto la constituían, y de cuya lectura se desprendía sin duda no solamente el

<sup>5</sup> *Primeros memoriales*, fol. 261 v.

conocimiento de los atributos del dios sino un sinnúmero de reflexiones que habría hecho posible el enriquecimiento y la profundización de lo que respecto a él se sabía, en el caso de esta ilustración que comentamos se observa una suerte de simplificación en la que sólo están considerados aquellos elementos que el tlacuilo novohispano consideró indispensables para reconocer otras posibles representaciones de la deidad, pero de ningún modo para adentrarse con profundidad en su conocimiento. De cualquier manera estamos ante una ilustración que humaniza a la deidad y que, por el texto con el que se le acompañó, se le convierte en objeto de conocimiento para los europeos.

En el *Códice Tudela*, elaborado hacia mediados del siglo XVI, que puede ser considerado como un documento híbrido en la medida en que combina, en buena parte de sus páginas, elementos de la antigua escritura, observables en las representaciones de deidades y ritos, con la escritura de caracteres latinos, se encuentra representado un Tláloc que para nuestro propósito tiene un interés particular. En efecto, en la parte superior del folio 16 recto de este manuscrito se puede apreciar una representación de la deidad que nos interesa (figura 5). Se le observa en posición sedente y ostentando una serie de atavíos que son los característicos de la deidad. Ostenta un tocado confeccionado de diversas plumas entre las que destaca una de quetzal, también está adornado con un moño de papel goteado de hule y en el centro de este atavío se observa con facilidad un gran chalchihuite. El rostro está cubierto con una máscara que es la característica del dios Tláloc. Otro atavío también notorio es la bandera de papel también goteado de hule que sobresale de la espalda del personaje. En la única mano que es posible observar lleva un cetro también adornado con papel goteado. En realidad se trata de un hombre, cuya barbilla asoma debajo de la máscara de la deidad.

La ilustración descrita preside el folio 16 recto, pues ocupa la parte superior central del mismo. El espacio que deja libre lo llena un texto en español que describe algunos detalles de la fiesta. Del lado derecho de la ilustración de Tláloc es posible leer “Yezacualiztli. El demonio a quien era dedicada la fiesta era Tláloc”. El texto se refiere sobre todo a la fiesta, con lo cual la deidad queda en un segundo plano. Debe notarse que respecto de la representación de esta deidad en los *Primeros memoriales* hay un cambio que llama la atención pues en estos la deidad es el centro de atención y en el *Códice Tudela* es la fiesta la que deviene en el objeto de la descripción.

Cuando estaba por concluir el siglo XVI fue elaborado, al parecer por el cronista Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, un manuscrito con ilustraciones que fue bautizado en su honor como *Códice Ixtlilxóchitl*. De él proviene esta bella representación de Tláloc, dios de la lluvia (figura 6).

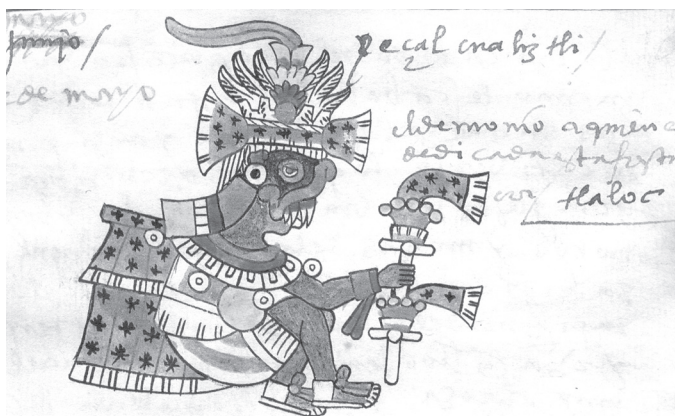


Figura 5. Códice Tudela



Figura 6. Códice Ixtlilxóchitl

Llama la atención la belleza de sus proporciones que bien recuerdan una ilustración renacentista. Sin duda el modelo debió ser algún grabado proveniente de Europa. La deidad está ataviada con ciertos ropajes que bien pueden ser identificados como los tradicionales de los indígenas nobles de antes de la Conquista española. Cubre su rostro una máscara que es la característica del dios Tláloc, lleva asimismo el tocado de esta deidad. Además de estos atavíos, porta un arma en forma de rayo, que representado muy a la manera occidental en esencia corresponde con los atributos de la deidad.

Si comparamos las características formales de esta representación de Tláloc con las de aquellas otras de la misma deidad que nos han servido de ejemplo en nuestra exposición, es fácil observar que entre las primeras y esta última hay cambios sorprendentes. En los códices prehispánicos se percibe a los dioses según sus representaciones originales, cumpliendo las funciones que los hombres que les rendían culto les habían atribuido. Después de la Conquista el cambio es paulatino pero evidente. En un primer momento, los dioses se tornan en demonios; posteriormente, dado el carácter de falsedad que se les confirió y la necesidad de acabar con el culto que se les rendía, se volvieron objeto de descripciones cuidadosas. Al final, según nos lo muestra el Tláloc del *Códice Ixtlilxóchitl*, las deidades habían sido despojadas de su carácter sagrado, para convertirse en seres con características humanas y representados de acuerdo con patrones estéticos que en la antigüedad habrían sido impensables, a los que sólo se les sobrepusieron algunos de los atavíos que habían sido los de la deidad en cuestión.

Esta historia de formas nos enfrenta, a través de las representaciones de los dioses en los códices, a una realidad trágica y definitiva: la muerte de los dioses antiguos a raíz de una conquista que cambió todo en el mundo mesoamericano.

